



El ciclo «O Cinema Proibido» presenta a los aficionados de Lisboa una selección de películas que la censura fascista no había considerado aptas para el público portugués y su buena salud política durante los últimos años.

LOS CIEN DIAS DEL NUEVO PORTUGAL

TRES meses ya desde el 25 de abril. En el campo y los pueblos por donde pasa la carretera, pocos signos externos hablan de los cambios sucedidos. Hay que llegar a Setúbal y recorrer el barrio portuario para experimentar las primeras sensaciones de un país en pleno despertar político. Los muros de los tinglados del muelle están salpicados de frecuentes «graffiti» políticos; reclamaciones sindicales, protestas y, sobre todo, peticiones de saneamiento, es decir, de depuración de las autoridades y personajes comprometidos con el anterior régimen. «Cuidado con os camaleões viracascas», advierten algunas pintadas refiriéndose obviamente a los espabilados que se han adaptado a la nueva situación intentando tapar su anterior adhesión al fascismo.

La política es de todos

Por el centro de Lisboa, el tráfico caótico, el calor pastoso, la

belleza de sus calles antiguas y la elegancia de los barrios modernos a punto de sucumbir en un proceso de madreñización, en cuanto a obras públicas: aparcamientos subterráneos, pasos a distinto nivel, etcétera. Y en las paredes una floración gráfica multicolor de dominante rojo, la calle es un auténtico foro donde la información política recurre al cartel, al pasquin, a la pintada para la transmisión de «slogans» y

mensajes anunciando constantes «comicios» o convenciones de partidos que se celebran constantemente. Los partidos, los grupúsculos, las agrupaciones, han salido de la clandestinidad y sus publicaciones están omnipresentes, la calle está politizada: los «mass media» tradicionales, convenientemente depurados, han redoblado sus tiradas y los portugueses se han convertido en fanáticos lectores de prensa. Es fre-

cuente ver a la gente comprar dos o más periódicos: ahora hay tendencias. En ellos, las informaciones de carácter político ocupan una proporción abrumadora. No es de extrañar, pues, que se oiga en los cafés, en plena calle, en todas partes, hablar y discutir de política. En la plaza de Rossio, unos grupos muy apiñados, a las siete de la tarde, están comentando una manifestación anticolonialista que acaba de pasar por todo

el centro. Muchachos y muchachas con aspecto de militantes o simpatizantes de extrema izquierda mantienen polémica con los que se prestan en esta ágora improvisada absolutamente impensable tres meses atrás, en que nadie de los allí presentes hubiese cometido la imprudencia de expresar sus ideas políticas en público. Ahora, sin miedos a la represión ni autocensura, el galimatías dialéctico, a pesar de la

seriedad y ardor con que se defienden y atacan las posiciones, tiene algo de gozoso. Si se ha dicho que Portugal, y Lisboa en especial, era una fiesta en las gloriosas jornadas de abril, a finales de julio y tras varias semanas de rodaje en el ejercicio de inéditos derechos cívicos, los lisboetas no parecen mostrar signos de fatiga. Al contrario, precisamente el aire jocundo, pero excepcional, de la fiesta se va perdiendo para incorporar la política a los hábitos cotidianos. Ya no extraña a nadie el que la radio informe libremente, que se toquen temas de tipo social y económico, que se debatan en profundidad esquemas políticos, que se convoquen huelgas y reuniones sindicales, que se anuncien reuniones de partidos, se proclamen manifestaciones.

Con estas primeras impresiones sobre el profundo cambio que está experimentando la sociedad portuguesa, uno de los primeros impulsos —acaso por deformación profesional— fue ver colegas periodistas. Acudo a la Radio ▶

Guillermo Luis Díaz-Plaja

LOS CIEN DIAS DEL NUEVO PORTUGAL

Televisión Portuguesa, unos cuantos soldados montan guardia a la puerta, pertenecen a la Agrupación de Intendencia, que en la madrugada del 25 de abril cumplieron a la perfección la toma y ocupación de los estudios e instalaciones técnicas, una de las misiones clave para asegurar el éxito del golpe. Tengo ocasión de charlar con el capitán y el alférez que los mandaban (y que permanecen allí sólo a efectos de protección, no de intervención); ahora se sienten a gusto y van acostumbrándose al ambiente. El ambiente, desde los acontecimientos de abril, es estimulante. Gente joven por todas partes, parece que se note la ausencia de los cincuenta técnicos, periodistas y directivos de la época caetanista que más o menos voluntariamente han dimitido. «A partir de entonces hemos empezado un proceso de reestructuración que ha supuesto la supresión de más de treinta programas de entre los existentes —me dice Alvaro Guerra, uno de los actuales directivos de *Telejornal*—, y los hemos ido sustituyendo por nuevos. En conjunto, nuestras reformas —continúa— van en el sentido de aumentar los espacios informativos y de tipo político. Estamos intentando recuperar el tiempo perdido en un pasado en el que todo el interés se centraba en el polo opuesto: despolitizar alienando con programas deportivos, banales, etcétera. Para ello, procuramos ofrecer el máximo de contenidos que fomenten el interés de los telespectadores y desarrollen su capacidad crítica, insertándoles de modo concreto en el mundo y la circunstancia política. Se televisan declaraciones, convenciones y paneles de temas políticos, especialmente en un programa que se llama "La política es de todos". Pienso que es un espléndido título que resume el sentido del cambio de la línea informativa.

Paralelos fenómenos en los restantes medios de comunicación social. Las librerías desbordan de publicaciones políticas de todas las tendencias democráticas, con un énfasis especial en obras de iniciación y pedagogía política. En cuanto al cine, es muy significativo el ciclo organizado por la Asociación de Periodistas de Lisboa con el título «El cine prohibido por el fascismo», en el que el público puede ver una serie de obras de calidad que habían sido vetadas por la censura. Veo «Inchiesta su un cittadino al disopra di ogni sospetto», de Elio Petri, un feroz alegato contra la corrupción de la policía en Italia. En la enorme sala, a rebosar en un día

entre semana, el público ríe a placer los «gags» más políticos.

El MFA toma las riendas

A pesar de lo interesante de la cartelera lisboeta, que ofrece una buena variedad de films políticos —del «Potemkin» a «Sacco y Vanzetti»—, la coyuntura de la vida política portuguesa real es bastante más apasionante. Precisamente estos días (18-19 de julio) acaba de resolverse la primera crisis que ha atravesado el país desde el golpe del 25 de abril. Y, al mismo tiempo que se conoce el nuevo Gobierno la opinión pública tiene acceso a algunas de las claves que explican dicha crisis. A partir de la mencionada fecha,

lo que al principio parecía un incidente sin importancia se le ofrecía al país como lo que en realidad había sido: una maniobra hacia la derecha que probablemente hubiera conseguido anular los efectos positivos que tiene el espíritu del Movimiento de las Fuerzas Armadas. Fueron sus miembros los que con gran intuición política no sólo salieron al paso de la intentona de Palma Carlos y Sa Carneiro, sino que, decididos a que no se pudiera repetir una situación similar, habían tomado literalmente las riendas del gobierno. En efecto, el nombramiento para primer ministro del coronel Vasco Gonçalves, hasta entonces, al decir de todos, verdadero cerebro del MFA y ahora su cabeza visible, reafirma al movimiento «de los capitanes» en el poder por sí

solo. Pero, además, los militares golpistas acaban de situar varias piezas clave en el nuevo gabinete. Entre ellas, aunque sean como ministros sin cartera, la incorporación al Gobierno del coronel Melo Antunes, considerado por algunos como uno de los ideólogos del Movimiento, así como la del mayor Victor Alves otro de sus elementos más significativos. El resto de los nuevos ministros-militares son, en principio, más importantes por la relación que se establece entre su pertenencia al MFA y a las carteras que van a ocupar que por sus nombres propios, que, por el momento, no tienen una imagen pública tan marcada como los dos anteriormente mencionados: los titulares del Interior (teniente coronel Costa Bras), Información (mayor Sanchez Osorio), Trabajo (capitán Costa Martins). Hay otros dos militares en el Gobierno, el coronel de Ingenieros Augusto Fernandes, que no parece muy relacionado con el MFA —estaba en la situación de reserva en el Ejército— y es considerado un técnico idóneo para el Ministerio de Equipamiento Social. El otro, teniente coronel Firmino Miguel, parece plantear muchos más problemas, tanto por su cartera, Defensa, como por su posición a la derecha de los miembros del MFA y hombre de la confianza de Spínola, que lo quiso imponer como primer ministro. A nivel de partidos, el PC mantiene a Alvaro Cunhal, pero pierde una cartera, la de Trabajo, con la salida de Avelino Gonçalves; el PS queda igual, con Mario Soares y Salgado Zenha, al frente de Exteriores y Justicia, así como Almeida Santos (Relaciones Interterritoriales), y aunque pierden a Raul Rego en Información, recuperan para sí la titularidad de Educación, a través de Magalhaes Godinho, considerado socialista, aunque independiente. El PPD, Partido de Centro, aunque cesa su más significativo elemento, Sa Carneiro, puede considerarse bien parado conservando a Magalhaes Motta como ministro sin cartera, habida cuenta de que se considera a este partido como bastante responsable de las maniobras de Palma Carlos, que acarrearón la crisis y su salida del Gobierno. Naturalmente, el PPD, a través de declaraciones, ha negado tener cualquier participación en la maniobra Palma Carlos.

¿En qué consistía y cuáles eran sus intenciones? La prensa de estos días, junto con los nombramientos y biografías de los nuevos ministros del Gobierno, publica los llamados «Documentos de Palma Carlos».



Antes del 25 de abril hubiera sido impensable un escaparate de librería como éste. Los editores y autores parecen impacientes por ganar el tiempo perdido.



Las paredes están materialmente tapizadas de carteles políticos. La imaginación ha actuado sobre los diseñadores gráficos, pero también sobre los individuos que pintan al «spray» o que confeccionan pancartas de tipo manual.

Autopsia del intento de Palma Carlos

En el llamado «Documento número 1», el ex primer ministro hace una exposición del período que va desde el 25 de abril. En él analiza los hechos sobresalientes que caracterizan el nuevo régimen provisional, subrayando el carácter positivo de los aspectos programáticos del Movimiento de las Fuerzas Armadas. Pero, acto seguido, el Documento destaca una serie de aspectos del desarrollo real de los acontecimientos que, según Palma Carlos, han sido determinantes. Entre ellos subraya muy especialmente el número y la importancia de las huelgas, ya sean de carácter reivindicativo o de tipo político exigiendo el saneamiento o depuración de los antiguos dirigentes por concommitancias con el antiguo régimen. En ello, Palma Carlos ve una serie de consecuencias totalmente negativas, entre las que la baja de productividad sería la menor y la principal resultaría de la sensación de inestabilidad que crea un clima de inseguridad en los inversores, tanto nacionales como extranjeros. Todo ello agravaría aún más la crisis económica, ya de por sí suficientemente deteriorada, según esta interpretación.

En el «Documento número 2» y a la vista de lo que expone y analiza en el anterior, Palma Carlos propone una serie de medidas de forma tajante, hasta tal punto que amenaza con dimitir si no se cumplen. Estas consisten, esquemáticamente, en los siguientes puntos: Primero: Refuerzo de la autoridad del primer ministro.

Segundo: Adelanto de la fecha de elección del Presidente de la República. Tercero: Aplazamiento de las elecciones para la Asamblea Constituyente. Aunque se solicitaban más medidas, estas eran las fundamentales.

Tras la entrega de estos documentos al Consejo de Estado, a la Junta de Salvación Nacional y al Presidente, los acontecimientos ya son conocidos. Dimisión de Palma Carlos con la solidaridad de cuatro ministros, es decir, que el ultimátum no fue aceptado y se abrió oficialmente la primera crisis de Gobierno.

Hasta aquí, la versión «oficial» —es decir, externa— de la crisis, la que la opinión pública conoció en medio del desconcierto que producían informaciones parciales y aparentemente inconexas. Así, los «Documentos de Palma Carlos» no fueron publicados en la prensa hasta el 18 de julio, es decir, más de diez días después de su fecha original y cuando ya se había resuelto el conflicto. Pero hay una versión de los hechos menos conocida, la que constituye lo que en el periodismo anglosajón se conoce como «inside story» y que podría traducirse como «historia interior». Para conocerla hemos tenido que recurrir a personajes que por su posición protagonista o preeminente en las esferas gubernamentales, han podido ser testigos de excepción del desarrollo de los acontecimientos. Tras pulsar las versiones de diversos militares del Movimiento de las Fuerzas Armadas, algunos periodistas y varios responsables de partidos y grupos políticos, los datos concuerdan y las claves parecen coincidir con una de las explicaciones más

perspicaces y concretas, la que me dio el ex ministro de Economía, Pereira de Moura.

En una conversación sostenida en su domicilio, el prestigioso economista empieza por retrotraerse a los orígenes del 25 de abril. Según él, existe una contradicción fundamental entre la ideología del Movimiento de las Fuerzas Armadas y la de Spínola. El situarlo al frente del país es un compromiso basado en el prestigio y la imagen del general más que en la concordancia de ideas. Tanto en lo que respecta a la cuestión colonial —las tesis de «Portugal y el futuro» no hablan de descolonizar— como, en general, a su línea política, claramente derechista. Ocurre que una vez en el poder empezó una tensión entre el MFA y la Presidencia por ver quién utiliza a quién. El primer «round» parece ganarlo el general, logrando imponer al primer ministro Palma Carlos, conocido por sus conexiones con las finanzas. A los casi cuarenta y cinco días de Gobierno, la oleada de huelgas y reivindicaciones laborales y la agitación social en general producen dos consecuencias. Una, la natural deterioración de la situación económica gracias al descenso de la productividad y las cesiones salariales a que se ven obligadas las empresas. La otra es el pánico de los dirigentes financieros e industriales. La crisis coyuntural viene a agravar una estructura económica enferma (véase próximo artículo), pero se hace difícil determinar qué parte es atribuirle a la propia dinámica de los acontecimientos —paros, descensos de la producción, etcétera— y qué parte es provocada. La retirada

de circulación de millones de euros, el frenazo en seco al crédito, la inflación, son armas que están en la mano de los grandes grupos.

Sigue Pereira de Moura. En este sentido —y con ello volvemos a las causas inmediatas de la crisis— es sintomático que muy poco antes de plantearse las reivindicaciones de Palma Carlos, una comisión de la Confederación de la Industria obtiene una audiencia con Spínola. Naturalmente para exponerle su inquietud de modo enérgico y probablemente solicitando medidas «para restablecer la confianza del capital tanto nacional como extranjero». Los chantajes y amenazas que esa comisión —o elementos portavoces de los grandes grupos financieros— hayan podido hacer ante el Presidente no se pueden saber textualmente: no cuesta nada imaginárselos; así como tampoco es difícil saber que esas presiones encuentran terreno abonado en un Spínola del que se dice que su crispación creciente es la «deterioración del orden público»... Lo que sigue es el eslabón más conocido, las propuestas de Palma Carlos, sólo que ahora se entiende cuán gratas habían de serle a Spínola, quien no podía estar sino rigurosamente de acuerdo. Máxime cuando todas las reformas iban en el sentido que él consideraba más adecuado y que —«last but not least»—, de cumplirse, le llevarían a la Presidencia de la República de modo oficial. En efecto, la maniobra de adelantamiento de las elecciones presidenciales tenía como objetivo entronizar legalmente a Spínola, probablemente único candidato que hasta entonces tenía un carisma suficiente.

Hay otro dato curioso que me señala también el profesor Pereira de Moura, entre el jueves 4 de julio en que se presentan las primeras reivindicaciones y el viernes 5, en que aparece una nueva petición. Las primeras eran la elección adelantada del Presidente, los poderes más amplios para el primer ministro, y veinticuatro horas después, el viernes 5, aparecen dos más: el retraso de la Asamblea Constituyente y la aprobación de una Constitución provisional. Todo ello con un reforzamiento considerable de la autoridad de Palma Carlos (o quien fuera el primer ministro), con el consiguiente descenso del grado de responsabilidad frente a unos ministros que, a su vez, se verían disminuir bastante sus atribuciones y poderes.

El profesor Pereira me hace ver otro dato superinteresante que ha pasado inadvertido a la mayoría de observadores. El sábado 6 aparece en el semanario *Expresso*,

LOS CIEN DIAS DEL NUEVO PORTUGAL

de Lisboa, un artículo firmado por Paulo Pitta e Cunha, titulado «Uma dúvida que não pode manter-se: em que sistema económico vamos viver?». De la lectura atenta de sus reflexiones se puede deducir claramente que las preocupaciones que refleja son las mismas del gran capital y que las tesis que sugiere y preconiza a nivel político y económico son prácticamente idénticas que las de los Documentos de Palma Carlos. Una curiosa coincidencia, dado que los Documentos del primer ministro se entregaron el jueves 4 y este artículo, aunque apareció en sábado, tenía que estar —por razones de mecanismo editorial de imprenta— redactado antes de ese jueves. Obvio decir que quien lo firmaba es una personalidad muy conectada a los grandes grupos financieros, hijo de un ex ministro de Salazar.

A pesar de la aceptación por el Consejo de Estado de la dimisión de Palma Carlos —totalmente quemado por la crisis, en la que de modo crispado llegó a hablar de sangre y de guerra civil para reforzar sus argumentos, la situación seguía siendo explosiva. La derecha había sacrificado a un hombre, pero aún tenía cartuchos por quemar. La semana que sigue es extremadamente importante; tras un Consejo de Ministros convocado apresuradamente, Spínola propone para primer ministro al teniente coronel Firmino Miguel. Hacia el jueves, intenta formar Gobierno, ya que es el primer ministro quien propone a sus ministros, única reforma de las preconizadas por Palma Carlos aceptada, y empieza las consultas. Entre el viernes 12 y el sábado 13, Firmino Miguel lleva a cabo los contactos con los diversos grupos. Con el giro que van tomando las consultas, ya se entrevé el tipo de Gobierno —obviamente de derechas— que se prepara. En este punto, los oficiales de la coordinadora del Movimiento de las Fuerzas Armadas toman plena conciencia de lo que se les está viniendo encima. A media tarde del sábado, una comisión de oficiales del MFA se dirige, de urgencia, al palacio de Belem. En menos de una hora le dicen a Spínola que no aceptan a Firmino Miguel, y para sustituirlo tienen ya un candidato, al que, por todos los indicios, no sólo proponen, sino que imponen. Se trata, como es bien sabido, del coronel Vasco Gonçalves. Se le ha dado la bienvenida a una crisis. Si en una primera fase —aceptación de la dimisión de Palma Carlos y rechazo de sus propuestas— se frenó el posible contragolpe de derechas que significaba, la fase intermedia —tentativa de Firmino Miguel de formar un

Gobierno— estuvo cerca de lograr la primera intervención. Con la enérgica maniobra del sábado en Belem se enderezaba en el sentido contrario, hacia la izquierda, la tentativa derechista. Cinco días después había Gobierno: la coalición Partido Comunista-Partido Socialista-Partido Popular Democrático que había peligrado seguía en pie. La crisis estaba vencida: el espíritu democrático que inspiró al MFA, y que recibió pleno apoyo popular, estaba salvado.

De la Junta de Salvación Nacional al COPCON

El influyente semanario *Expresso* titulaba en su edición del día 20 de julio: «Novo Governo Provisorio: Vitoria do MFA»; era la mejor forma de resumir lo que toda la prensa —les gustase o no— reconocía claramente. El Movimiento de las Fuerzas Armadas emergía como el vencedor de la confrontación. Los jóvenes oficiales que se habían mostrado hábiles y valerosos el 25 de abril habían demostrado que su inteligencia no se reducía a la estrategia militar, y que sus motivaciones políticas no se reducían a la destitución de un régimen político porque sí. En su programa estaban muy claros unos objetivos de democratización, y para empezar a llevarlos a cabo habían hecho confianza a una coalición de fuerzas políticas en las que el MFA se reservaba un papel discreto. Tras la crisis de Palma Carlos había devenido evidente que los ideales por los que lucharon los jóvenes oficiales habían estado demasiado amenazados como para dejarlos peligrar una vez más, acaso de modo irreversible. Así se justificaba plenamente ante ellos mismos y ante la opinión pública, que los acogió con tono unánime de aprobación. Reforzamiento del control —desde el primer ministro hasta una serie de cartelas quedaban en manos de militares del MFA— sobre el poder ejecutivo, que, no obstante, no entorpezca la democratización.

Las contradicciones que existían a altos niveles del poder no sólo habían salido a la superficie a través de las maniobras de Palma Carlos, sino que fundamentalmente denotaban unas tensiones entre el MFA y la Presidencia, que había jugado casi abiertamente a favor de aquél. De las dos más altas instituciones colegiadas, el Consejo de Estado parece contar con una mayoría de miembros del MFA, que garantizan un control supremo de vigilancia sobre las actuaciones gubernamentales que están

obligadas a responder de las grandes líneas políticas. Algo más de incógnita representa la Junta de Salvación Nacional, constituida a primera hora por militares de alta graduación de las tres armas para dar una especie de aval supremo. A pesar de que los más altos jefes del Ejército, comprometidos a fondo con el fascismo —cerca de cuarenta generales—, fueron pasados a la reserva casi inmediatamente al 25 de abril, de los integrantes de la JSN, por su graduación, parece que ninguno pudo participar en la conjura. Entre ellos, los más seguros pro-MFA serían los dos oficiales de Marina, ideológicamente más democráticos (y de los que uno, el almirante Rosa Coutinho, ha sido nombrado ya presidente de la recién creada Junta Militar de Angola). Menos seguros aparecen los coroneles de Aviación Galvão de Melo —de quien se dice que está próximo a los círculos financieros y de negocios— y Diego Neto, que procede de Mozambique. En los de Tierra, el más claro pro-MFA es el general Costa Gomes, ya que el otro, el coronel Jaime Silverio Marques, es un personaje enigmático. En la mañana del golpe tan poco clara estaba su posición que permaneció detenido unas horas. Por la noche aparecía como uno de los miembros de la Junta de Salvación Nacional: al parecer, tiene excelentes contactos con la NATO.

Con una Junta así, aunque el peligro de contragolpe reaccionario vino por parte del jefe del Gobierno, no parece descartable que hubiesen realizado maniobras sospechosas similares. ¿Por qué no se apoyó en ella Spínola y sí en Palma Carlos? Acaso sea excesivamente suspicaz malpensar de la Junta, hoy por hoy. Pero no hay que olvidar que el Movimiento de las Fuerzas Armadas está integrado por un número de oficiales que parece estar entre 200 y 300. Teniendo en cuenta que la plantilla de la oficialidad del Ejército portugués al completo se compone de 5.000, se entiende la proporción contundente de minoría en que está el MFA. Por eso, aunque el Ejército como tal no haya intentado hasta ahora un contragolpe —como lo hizo desde el poder civil Palma Carlos—, el MFA ha estado extremadamente interesado en una segunda medida complementaria del nombramiento del Gobierno de Vasco Gonçalves. Se trata de la creación del COPCON y de poner a su frente el recién ascendido general de Brigada Otelio Saraiva de Carvalho. Al tándem Gonçalves-Saraiva se atribuyen los roles de cerebro

y ejecutor, respectivamente, del golpe del 25 de abril, y con sus nombramientos el MFA adquiere una posición clave no sólo en el Gobierno, sino en el control de esta nueva unidad táctica. En efecto, el Comando Operacional del Continente, adscrito al Alto Estado Mayor —cuyo jefe es Costa Gomes, general, al parecer, adicto al MFA—, es una unidad estratégica de nuevo cuño de enorme importancia, al parecer, para prever cualquier contrainsurgencia, en otras palabras, para evitar que el poder actual sea derribado del mismo modo que el del 25 de abril. Naturalmente que el COPCON y Saraiva de Carvalho no bastan, y que una revisión a fondo de todos los puestos de mando militar se está realizando: el saneamiento de cuadros militares es el que se está llevando, al parecer con mayor rigor, aunque existen limitaciones, como las que proponen la escasez de cuadros cualificados para las sustituciones que se impondrán tras las depuraciones. Parecer ser que Spínola se opuso ferozmente al nombramiento de Saraiva de Carvalho. Un dato altamente significativo.

Aires jóvenes en el palacio de São Bento

Tenia cita con algunos miembros del Movimiento de las Fuerzas Armadas que trabajan en el Consejo de Estado. A la puerta del palacio de São Bento un conserje me pide la documentación, trámite obligado. Mientras relleno una ficha, observo a un hombre joven de aspecto diríamos muy actual: pantalones tejanos de pana, una camisa deportiva de manga corta, pelo más bien largo, gran bigote. Se dirige con una cartera en la mano con paso decidido hacia el ascensor. En cuanto el conserje se da cuenta le para, exigiéndole la documentación. De su bolsillo trasero saca un billetero, lo abre de modo que el conserje pueda ver —y yo por encima de su hombro— una tarjeta de identificación que no consigo leer. Basta con la foto, en la que aparece el mismo individuo vestido con el uniforme de la Marina de Guerra portuguesa. «Perdão senhor Capitão».

Este ligerísimo incidente sirve para introducirme en un ambiente absolutamente inesperado. Una vez superados mis trámites identificatorios, subo a la primera planta del palacio de São Bento, sede del Consejo de Estado, un edificio imponente de factura neoclásica, con amplísimos salones nobles, corredores inmensos, con techos altos y bóvedas, fres-



cos alegóricos históricos y mitológicos. Mármol y madera constituyen dos constantes de la construcción y decoración de los interiores de sus despachos, que tienen no obstante, un tono de severidad austera. Llamo a una de las muchas puertas; un grupo de jóvenes discute; alrededor de una mesa unos documentos; sus indumentos no difieren mucho del del oficial de Marina que he encontrado en el zaguán. Apenas una chaqueta, ropa de verano informal, ambiente de trabajo. En las diversas secciones donde me lleva mi deambular a la búsqueda de mis interlocutores el mismo ambiente se repite. De vez en cuando, algún uniforme, los aspectos de los demás —tanto por sus indumentos como por su estilo, en el que se incluyen no pocas barbas— no dejan sospechar, si no lo supiese ya, que la inmensa mayoría son oficiales. Y presumiblemente casi todos comprometidos con el Movimiento de las Fuerzas Armadas.

Saludo al capitán Carlos Contreiras, de la Marina. Hombre extremadamente afable y que ha jugado un papel muy importante en la coordinación del Movimiento. Consejero de Estado, y ministrable cualquier día. Su optimismo parecer desbordar. Bien es verdad que estamos al día siguiente de que la crisis se ha resuelto favorablemente. Es decir, en el sentido de la garantía de que el programa del MFA va a cumplirse. Tiene plena confianza en que el nuevo Gobierno de Vasco Gonçalves se haga con la situación. Tiene esperanza en los próximos meses. Le pregunto por qué su arma, la Marina, tiene fama de ser la de ideas más

progresistas. Se ríe: no le gusta hacer distinciones que pudieran marcar diferencias dentro del Movimiento de las Fuerzas Armadas. Con todo, admite que históricamente la Marina tiene una tradición más liberal, cuando menos, que las demás ramas del Ejército. Durante los tiempos del salazarismo, su compromiso fue mínimo, salvo dos marcadas excepciones —el almirante Amerigo Thomas, Presidente de la República, y el almirante Tenreiro (1), cuyo poder le permitía enriquecerse extraordinariamente en negocios de pesca, sobre la que tenía un control poco menos que mafioso—, y especialmente en la guerra colonial la Marina se ha visto mucho menos envuelta.

El capitán Contreiras tiene que ir a despachar con el primer ministro, no quiere hacer declaraciones a título personal, piensa que tan bien como él las puede hacer cualquier otro oficial del MFA, en cuya unidad cree a fondo. Me prepara entrevistas con un grupo de oficiales aún más jóvenes que él. Me sugiere que vaya a ver al comandante Serra, el que tomó la prisión de Caxias y actualmente al mando de ella; no quiere que se le escape ni un PIDE. Me prepara una entrevista con dos jóvenes valores aún desconocidos, el capitán Vasco Lourenço y el capitán Pinto Soares. Los veo un momento en la antecámara del primer ministro..., quedamos para el día siguiente. Pero al día siguiente los nombran a ambos consejeros de Estado.

(1) Actualmente en prisión, en espera de juicio.

Durante las horas siguientes tengo una serie de conversaciones informales con distintos miembros del MFA, actualmente prestando sus servicios en diversos departamentos del Consejo de Estado como expertos, como organizadores, como administradores, como técnicos. A ellos se suman algunos «milicianos» —alféreces universitarios que están en su período de servicio militar—, que colaboran también entusiásticamente en el terreno en que son expertos.

En todos ellos, como denominador común, un espíritu altamente crítico del fascismo que acababan de derrocar, tanto a escala de la represión como del modelo económico y las contradicciones que comportaba. Todos tienen un ideal altamente democrático, pero yo diría que, a pesar de la pretendida homogeneidad, hay diferencias de tipo ideológico que no se quedan en el simple matiz. Con todo, a pesar de que en las expresiones de algunos leo una cierta expresión de impaciencia porque las reformas vayan más de prisa y más lejos, la sensación de disciplina y cohesión es total. Se muestran satisfechos por la incorporación del coronel Vasco Gonçalves y por la de la creación del COPCON, al mando de Saraiva de Carvalho.

Aunque en general se muestran optimistas, todos tienen una visión muy lúcida de las dificultades de la situación económica y de que ésta puede tender a empeorarse. Me suministran algunos datos bastante escalofriantes sobre la coyuntura. (Véase próximo artículo.) Ahí ven todos

el máximo peligro. «Antes, el capital se sentía protegido por el Estado y el Ejército, ahora sabe que este equilibrio se ha roto y esa protección se le va a dar más al trabajo —me dicen—, pero si no se pone un freno a las huelgas, éstas acabarán asustando al capital...». También me han manifestado una profunda inquietud porque se establezca un proceso de democratización: «Pero esto exige toda una pedagogía de politización. Y esto es difícil hacerlo adecuadamente. Esperamos que el control democrático de los medios de comunicación, y especialmente la radio y la televisión, sean eficaces. Pero hay que estar atentos a la reacción». Cuando termino la conversación les vuelvo a preguntar si todos ellos son militares. Sí. Me parece estar soñando. De la conversación no sólo se deduce un alto grado de formación y moral cívica, sino que se desprende también una ideología que, sobre un denominador común altamente democrático, parece tender hacia la izquierda. ¿De dónde surge esta ideologización del MFA? Hay quien dice que las contradicciones puestas de manifiesto en la guerra colonial han obrado de detonador para un proceso de concienciación. Otros citan como hecho clave el intercambio de ideas con los jóvenes «milicianos», que traían frescas las ideas de la Universidad. Pero hay también un elemento clave, menos conocido. Se cuenta que en Guinea-Bissau durante los años de 1968 a 1972 todos los oficiales destinados allí tenían acceso a obras revolucionarias e izquierdistas: Mao-Tse-Tung, «Che» Guevara, Fidel Castro, Frantz Fanon, etcétera, eran textos habituales en las bibliotecas de los cuarteles. Eran encargadas por el mando para un mejor conocimiento de las ideologías que inspiraban a los movimientos de liberación africanos. La joven oficialidad trabó así conocimiento con tales ideologías. Es curioso que en los citados años el gobernador de la provincia de Guinea-Bissau no era otro que el general Antonio de Spínola, cuyos pedidos frecuentes debían sorprender más de una vez a los empleados de la librería izquierdista François Maspero, de París, donde se dice que eran encargados los libros izquierdistas. ■ G. L. D.P. (fotos del autor).

La semana próxima:
2) DE LA COYUNTURA ECONOMICA AL MAPA POLITICO.